

## Las teorías de la elección racional y el marxismo analítico

*Enrique de la Garza Toledo*

EL MARXISMO SE ENCUENTRA en su peor crisis histórica, frente a ésta el marxismo analítico se presenta como una alternativa de reanimación de un programa regresivo de investigación. Pasar del estado de ánimo de crisis del marxismo a su formulación analítica no es tarea fácil. Primero, porque hace tiempo se acepta que un paradigma no es sustituido simplemente porque sus explicaciones o predicciones no se verifican. En segundo término, porque el estatus teórico metodológico del marxismo también ha sido un problema acerca del cual no ha habido consenso.

Sin embargo, es probable que el marxismo sea de las pocas doctrinas que en el ámbito de lo social llenasen los requisitos de Kuhn para ser un paradigma.<sup>1</sup> Es decir, no se trataba de una simple teoría positiva, sino que estaba permeado por un problema central, la transformación del capitalismo hacia el socialismo; además, este interés práctico implicaba un ángulo determinado en el análisis de las relaciones sociales, el del poder y, en particular, el de la lucha de clases; asimismo, incluía teorías regionales que se pretendía estuviesen relacionadas con aquel problema, aunque no todas ellas estaban igualmente desarrolladas, como sí lo estuvo la economía política; por último, el marxismo pretendió tener su propia metodología, aunque ésta tampoco se desarrolló suficientemente.<sup>2</sup>

La aparente unidad del paradigma marxista fue más bien resultado de su conversión en doctrina de Estado, el marxismo-leninismo asumido por los partidos comunistas, sindicatos e intelectuales que simpatizaban con la URSS. Sin embargo, la realidad del marxismo histórico es que desde sus orígenes tuvo diversas interpretaciones y desarrollos desiguales,

<sup>1</sup> T. Kuhn, *¿Que son las revoluciones científicas?*, Paidós, Barcelona, 1989.

<sup>2</sup> E. de la Garza, *Hacia una metodología de la reconstrucción*, Porrúa, México, 1989.

no todos ellos con la misma aceptación social y política: por un lado, los marxismos estructuralistas y por el otro, los que ponían el acento en la relación dialéctica entre sujeto y objeto. En términos generales podríamos afirmar que el marxismo que se impuso por la vía de la Segunda Internacional, de Lenin y del estalinismo, posteriormente fue un marxismo cientificista y positivizante, que en forma ingenua creyó que poseía las leyes de funcionamiento y transformación del capitalismo a la manera de “la mano invisible”, leyes necesarias como en las ciencias naturales.

En particular, el estalinismo, con su acostumbrada simplificación, convirtió a la concepción de la historia de Marx en un conjunto de leyes semejantes a las de la naturaleza, en donde el desarrollo “natural” de las fuerzas productivas desencadenaba, tarde que temprano transformaciones en los otros pisos del edificio social. En este sentido, el concepto de ley era semejante al de Comte, es decir, inalterable por la voluntad, y la tarea de la ciencia (del materialismo histórico) era darla a conocer a los hombres para que emprendiesen acciones viables.<sup>3</sup> Sin embargo, frente al marxismo positivizante y posteriormente estructuralista, aparecieron de manera muy temprana, posiciones que rescataron sobre todo el componente subjetivo y de la acción en el marxismo. Fue el caso de los marxistas de finales del siglo XIX y principios de éste, formados en tradiciones filosóficas más actualizadas y profesionales que los bolcheviques, influidos por las polémicas de su época entre historicistas y fenomenólogos con positivistas. Como Gramsci que criticó a la tendencia de “la filosofía de la praxis” ortodoxa representada por Plejanov, al considerar que caía en el materialismo vulgar y que su forma de plantear los problemas era típica del método positivista, en parte por concebir a la dialéctica como una lógica.<sup>4</sup>

Es parecida la crítica de Marcuse al positivismo: pretender conocer los fenómenos como objetos neutrales y gobernados por leyes universales. En esta medida, señala el mismo autor, el positivismo es la renuncia a la filosofía crítica, que al limitarse a los hechos del orden existente transita fácilmente hacia su apología.<sup>5,6</sup>

El marxismo como paradigma está en crisis: ha dejado de inspirar proyectos políticos o intelectuales (la utopía socialista es ahora poco reivindicada, sobre todo en el sentido de programa de investigación con

<sup>3</sup> E. de la Garza, *Un paradigma para el análisis de la clase obrera*, UAM-Iztapalapa, México, 1990.

<sup>4</sup> A. Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce*, Juan Pablos, México, 1976.

<sup>5</sup> H. Marcuse, *Razón y revolución*, Alianza, Madrid, 1972.

<sup>6</sup> T. Adorno, *Dialéctica negativa*, R. Tiedemann, Madrid, 1973.

una heurística positiva); la angulación de la reflexión por la lucha de clases es poco atendida en estos momentos, la mayoría de las teorías regionales marxistas son poco atractivas, no se diga de la concepción materialista de la historia; la metodología marxista en cualquiera de sus formas hace tiempo que quedó olvidada y, por último, la recepción social y política del marxismo ha quedado reducida a los grupos fundamentalistas del Tercer Mundo (Sendero Luminoso, comunistas filipinos, etcétera).<sup>7</sup>

Los otros marxismos también están en dificultades, el académico estructuralista falló en sus intentos predictivos acerca de la marcha de la sociedad; el otro que rescata la relación sujeto-objeto como activa, no logró desarrollarse suficientemente. Asimismo, el marxismo metodológico que parte de Lukács se mantuvo en un plano muy filosófico, sin llegar a convertirse en auténtico rival del positivismo o de las actuales corrientes hermenéuticas. Todos los marxismos se han visto afectados por su decadencia como corriente político-práctica en sus diferentes versiones. Es así porque el marxismo, teniendo expresiones académicas, siempre se autoconcibió vinculado con un proyecto alternativo de sociedad y con determinadas fuerzas sociales y políticas ahora en descomposición.

En este contexto de crisis y desprestigio del marxismo aparece desde fines de los setenta el llamado marxismo analítico, con sus propuestas de revisión desde el individualismo metodológico y la teoría del actor racional. El marxismo analítico es de las pocas corrientes marxistas vivas (tal vez pudieran agregarse a ella la historiografía marxista inglesa y los neo-ricardianos de influencia marxista) en el sentido de tener un programa positivo de investigación, tratar de insertarse en las polémicas actuales de la ciencia social y ser considerado por los no marxistas con cierta legitimidad.

### 1. La emergencia de las teorías de la elección racional

Analizaremos en este apartado las causas del surgimiento y génesis de las teorías actuales de la elección racional. La presencia del marxismo analítico se inscribe dentro de una reanimación de las teorías de la elección racional en las ciencias sociales. Como señala Elster,<sup>8</sup> en el siglo XIX se produjo una gran escisión en las ciencias sociales entre aquellas que manejaban algún tipo de holismo y las que después serían llamadas

<sup>7</sup> J. Elster, *Una introducción a Carlos Marx*, Siglo XXI Editores, México, 1972.

<sup>8</sup> J. Elster, *El cemento social*, Gedisa, Madrid, 1991.

del individualismo metodológico. Para las primeras habría entes supra-individuales con existencia no reducible a los individuos y que de alguna manera se impondrían sobre éstos. Esta perspectiva fue sintetizada muy bien por Durkheim cuando planteó que lo social debe ser explicado por lo social y no por lo individual.<sup>9</sup> De esta perspectiva forman parte conceptos como conciencia colectiva, conciencia de clase, clase social (en Marx), etcétera.

En cambio, el individualismo metodológico negaría explicaciones científicas por lo colectivo.<sup>10</sup>

Como plantea Watkins, el individualismo metodológico sólo considera como entes reales a las disposiciones, creencias, recursos e interrelaciones entre individuos. Puede adoptar tres formas principales, dependiendo de la importancia que se dé al contexto y si éste es referido o no en forma individual: el conductismo que negaría cualquier mención a la conciencia; aquel que toma en cuenta el contexto como restricciones a lo individual, y el que reconoce de manera más precisa la existencia de instituciones como entes restrictivos de lo individual.

El antecesor de las teorías de elección racional es el liberalismo clásico.

En tres se pueden resumir las premisas del liberalismo clásico:

- el hombre es egoísta por naturaleza; además, esto es una ley natural.
- el hombre es un átomo en el universo natural-social,
- es capaz de accionar racionalmente buscando su propio beneficio; en esta medida consigue involuntariamente el beneficio general.

Las dos primeras premisas han sido revisadas en el siglo actual; sin embargo, aspectos profundos del liberalismo clásico como: sólo son verificables los actos individuales (empirismo individualista); sólo existe el individuo (ontología individualista); los fines están dados (egoísmo esencialista al principio y posteriormente empirismo eficientista del mercado),<sup>11</sup> permanecen.

La escisión entre teorías holistas e individualistas metodológicas se reafirmó con el nacimiento de la teoría económica convencional (neoclásica).

El neoliberalismo clásico, el de la primera parte de este siglo, surgió en un contexto diferente al del liberalismo clásico; primero, es el libera-

<sup>9</sup> E. Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, Morata, Madrid, 1974.

<sup>10</sup> K. Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós, 1980.

<sup>11</sup> S. Lukes, *Individualismo*, Ediciones Península, Barcelona, 1975.

lismo que se dio durante el predominio del socialismo real y de los estados sociales interventores; segundo, las polémicas de la teoría social de su tiempo implicaban al holismo y al individualismo, pero también al positivismo y a las teorías hermenéuticas que no dejaron de influir al neoliberalismo. La concepción utilitarista clásica de la elección racional había recibido muchas críticas, y no es gratuito que haya quedado reducida a la economía neoclásica, marchando el resto de las ciencias sociales en sentidos diferentes. Primero, se cuestionaba que se concibiese al actor como si tuviese información completa del contexto, en particular, de los planes de acción de todos los otros (por el contrario, la información con la que cuenta cualquier actor es siempre incompleta); segundo, que se creyese que el actor tenía una ciencia acabada acerca de la relación entre los factores que le permitieran optimizar la relación medios/fines al contar con la información completa; tercero, que se considerase que los fines del actor están dados (maximizar utilidades) y no que los fines son contruidos socialmente; cuarto, que se partiese como si los factores de la producción tuviesen capacidad ilimitada de adaptarse, y quinto, que se considerase todo lo no estrictamente económico como exógeno y, por tanto, evitable. Dice Parsons que la paradoja de estas teorizaciones de la acción social es que siempre admiten que los supuestos de conocimiento total y razón total nunca se cumplen, en especial no proveen de un criterio de elección definida y suponen que sólo lo cognoscitivo es criterio suficiente para la evaluación de la situación, o que la única forma de relación del yo con la experiencia es la ciencia.<sup>12</sup> El neoliberalismo clásico de este siglo nace del contexto nuevo del capitalismo organizado, pero también de las críticas a la teoría neoclásica y sus fundamentos. Frente a esta nueva situación el neoliberalismo reitera el supuesto individualista metodológico y utilitarista pero con los siguientes agregados:

- Se reconoce que la definición de la acción racional por el actor es incierta y no es predecible el resultado de la acción en sentido estricto, no sólo por falta de información sino también por incapacidad de la ciencia para predecir al no poder dar cuenta de los motivos internos de la acción.
- Es decir, de un racionalismo empirista clásico y neoclásico se pasa a un irracionalismo del actor; el actor y la acción ya no serán racionales en sentido clásico sino más o menos eficientes.

<sup>12</sup> T. Parsons, *La estructura de la acción social*, Guadarrama, Madrid, 1968.

- Donde el concepto de eficiencia no es tarea de la ciencia ni su predicción, sino resultado empírico *a posteriori* de la acción en el mercado.
- De la naturaleza humana como ley natural se pasa al mercado como autorregulado por un orden natural, pero no reducible a leyes congnoscibles.

Decía Hayek:

Nuestra adaptación al medio consiste no sólo en el conocimiento de las relaciones causa-efecto, sino en la subordinación de nuestro comportamiento a normas adecuadas a la clase de mundo en que vivimos, es decir, realidades de las que quizás no seamos conscientes y que, sin embargo, son susceptibles de determinar el éxito o el fracaso de nuestro quehacer [...]. Los órdenes espontáneos se someten a normas que no necesitan ser conocidas, basta con reaccionar.<sup>13</sup>

Von Mises coincide, en general, con esta concepción: habría que superar el objetivismo de la economía y considerarla una parte de la teoría general de la acción, reivindicando el individualismo metodológico, la incertidumbre frente al resultado de la acción, pero también el significado subjetivo de la acción. Frente a esta complejidad evidente que situaba al neoliberalismo en diálogo con las teorías filosóficas, sociológicas, psicológicas y antropológicas de su época, la salida a la complejidad de las causas y consecuencias de la acción fue el empirismo del mercado, es decir, la acción puede deberse a muchas causas (no sólo las egoístas) y la incertidumbre es parte de la acción, la complejidad del mundo impide reducirlo a leyes congnoscibles, sólo queda el empirismo del mercado que mostrará no por qué sino simplemente quiénes son los más eficientes.<sup>14</sup>

Las teorías de la elección racional recibieron un empuje sugerente y rico a partir de la teoría de H.A. Simon.<sup>15</sup> Simon también rechaza la concepción clásica de actor racional la cual supone que quien toma una decisión tiene una bien definida función de utilidad; que puede medir la utilidad de sus preferencias; que decide entre alternativas bien definidas; que conoce la probabilidad de los hechos futuros; que decide aquello que maximiza el valor esperado de su función de utilidad. Pero, evidentemente como señala Simon, la teoría clásica del actor racional es inaplicable

<sup>13</sup> F. Hayek, *Derecho, legislación y libertad*, Unión Editorial, Madrid, 1985.

<sup>14</sup> L. Von Mises, *La acción humana*, Unión Editorial, México, 1986.

<sup>15</sup> H. Simon, *Naturaleza y límites de la razón humana*, FCE, México, 1989.

en el mundo real porque nadie conoce todos los hechos, ni hay una sola estructura de valores para decidir, ni el poder del razonamiento es tal que permita cálculos individuales de funciones de utilidad. Las decisiones reales abarcarían según este autor no todos los aspectos de la vida, sino campos parciales, tomados arbitrariamente como independientes; tampoco habría un cálculo de series detalladas a futuro; es decir, las decisiones implicarían siempre una racionalidad limitada. También critica la trampa de la confusión entre diagnósticos y normatividad de la teoría neoclásica, es decir, considerar en la teoría no que las acciones fueron realmente racionales sino “como si fueran”, para luego atribuir los desequilibrios a irracionalidades o a factores de carácter exógeno. De esa manera no se resuelve el problema de qué hicieron realmente los actores ni mucho menos por qué lo hicieron. También a la noción de óptimo global (en el que todos ganan) contrapone la de óptimo parcial y de Pareto (máximo en el que no todos ganan), además de negar las nociones estáticas de equilibrio general y pensar más en un proceso evolutivo hacia un blanco móvil.

La crítica la hace extensiva al individualismo metodológico, estableciendo, por el contrario, que es una falacia considerar en la sociedad a hombres libres con funciones de utilidad individuales, interactuando sólo a través de precios de mercado. Los valores alternativos y la comprensión de la situación estarían determinados por la sociedad, además de que la inconmensurabilidad entre los valores sería una limitación adicional de la racionalidad.

El neoliberalismo actual se debe a las tradiciones anteriores aunque presenta en sí diferencias notables. Por un lado, la escuela de Chicago sería la más tradicionalista en términos de elección racional; es positivista, cree en hechos duros como definitorios de la verdad y en las leyes como generalizaciones de la experiencia. En cambio, los herederos de la escuela austríaca (los que hemos llamado anteriormente neoliberales clásicos) son individualistas metodológicos extremos, aunque con componentes hermenéuticos no presentes en la escuela de Chicago (la importancia del significado subjetivo de la acción). Están en contra de todas las instituciones artificiales construidas, a diferencia de la escuela virginiana que acepta la construcción voluntaria de instituciones y de compromisos entre los actores (neocontractualismo), su individualismo no deja de tener componentes no naturalistas desde el momento en que lo satisfactorio se construiría por acuerdo.<sup>16</sup>

<sup>16</sup> N. Barry, “Review Article: The New Liberalism”, *British Journal of Political Science*, vol. 13, 1988, pp. 93-123.

En el campo de la economía, la teoría de las expectativas racionales se inscribe dentro de las nuevas teorías de la elección racional, recuperando la idea de un actor con información imperfecta, pero combinando con equilibrio general y modelo de precios de mercado deficiente que funcionará lo mejor posible y, por tanto, no habría imperfecciones controlables, el gobierno no podría mejorar o empeorar la economía. La novedad estriba en considerar que el aprendizaje de los actores no es gradual ante nuevas informaciones o circunstancias, sino que adoptan nuevas reglas de decisión en forma rápida, observando sus expectativas a futuro más que extrapolando del pasado.<sup>17</sup>

Pero, a despecho de la línea individualista metodológica, en casi todo el siglo actual en general las ciencias sociales se convirtieron en estructuralistas,<sup>18</sup> interesadas más en las combinatorias de invariantes y desajustes entre estructuras, poniendo entre paréntesis la complejidad de las praxis y la subjetividad.<sup>19</sup> Independientemente de cómo cada teoría social concebía las partes del todo, había coincidencia en que la sociedad tiene una estructura, con partes interrelacionadas entre sí, cada parte desempeñando una función positiva para el mantenimiento del todo; además habría mecanismo de homeóstasis (si se modifica un elemento se modifican los otros) y las propiedades estructurales son las del todo que no es la simple suma de las partes.<sup>20</sup>

En las concepciones estructuralistas es común que se considere a lo estructural como no racional, porque el concepto de racional que se impuso fue el de adecuación entre medios y fines por la voluntad y cálculo optimizador del actor. Así, lo irracional es concebido como lo incierto, lo sacro, lo vinculado con el carisma, el superyó, el inconsciente o la falsa conciencia. Aunque, por otro lado, cabría diferenciar entre lo que puede ser analizado racionalmente de lo que no es y aquello irracional desde el punto de vista de la adecuación consciente entre medios y fines por el actor.<sup>21</sup>

El estructuralismo en las ciencias sociales está en crisis desde hace veinte años. Está en crisis el concepto de teoría que le estuvo asociado: la teoría estándar como sistema de hipótesis vinculadas entre sí en forma deductiva y cerrada semánticamente. Lo ha sustituido la idea de discon-

<sup>17</sup> L.C. Thurow, *Corrientes peligrosas: el estado de la ciencia económica*, FCE, 1988.

<sup>18</sup> J. Viet, *Los métodos estructuralistas en las ciencias sociales*, Amorrurtu, Buenos Aires, 1965.

<sup>19</sup> H. Lefebvre, *Más allá del estructuralismo*, La Pléyade, Buenos Aires, s.f.

<sup>20</sup> M. Barbut et al., *Problemas del estructuralismo*, Siglo XXI Editores, México, 1975.

<sup>21</sup> F. d'Agostino, *La dinámica del razionale e non razionale nel processo del mutamento sociale*, Franco Angeli Editorial, Milán, 1983.

tinuidad, rejilla, árbol teórico, etc. Está en crisis también por su olvido o desprecio por la acción, la intensión, la subjetividad no determinada totalmente. En particular, está en crisis el estructuralismo situacionista, es decir, aquella doctrina que plantea que la acción y la subjetividad pueden explicarse por la posición de los actores en determinadas estructuras.<sup>22</sup>

En estas condiciones toman la delantera las nuevas teorías de la elección racional, que siguen la línea genética que viene del liberalismo clásico, pero después de haber recibido la influencia del neoliberalismo, hasta llegar a sus formas actuales.

Las teorías actuales de la elección racional van más allá de las teorías económicas, pretendiendo ser una opción o modelo en las ciencias sociales como antes lo fue el estructuralismo.

Habría que reconocer que las teorías actuales más elaboradas de elección racional, no desconocen que la ciencia social trabaja con entes supraindividuales, aunque sean formas de abstracción y, por tanto, se plantean como problema la realización de la reducción a lo individual.

Es el caso de la teoría de Coleman, que como toda teoría de elección racional considera que el punto de partida del análisis de los fenómenos sociales son los individuos, sea en sus comportamientos individuales o bien en los procesos internos de dichos individuos (comprensiones, orientaciones), aunque reconoce que la tarea de las ciencias sociales no es explicar comportamientos individuales. El punto de partida en el individuo no presupone para Coleman considerarlo como átomo aislado, sino en interacción; además, no es necesario considerar todos los niveles individuales. Al individualismo metodológico se añade ahora la teoría de juegos, es decir, definir la acción como un juego (apuesta). En el juego hay determinados papeles de los actores, no definidos por el sistema sino por intereses o metas; habría reglas acerca de cada tipo de acción, que también regulan el orden de las jugadas, y reglas que especifican las consecuencias que cada acción tiene para los actores en el juego. Es decir, los actores juegan en una estructura del juego y los resultados dependen de sus intereses, pero también de las restricciones a la acción (reglas del juego), de las condiciones iniciales en el juego y del nuevo contexto impuesto por cada jugada. De cualquier manera se supone que es un actor racional que adecúa medios y fines y que busca optimizar su utilidad. Se acepta la abstracción del actor racional no obstante conocer las objeciones a éste: que los individuos eligen acciones que no dan óptimos, al sobrestimar probabilidades o aspectos de la situación, al haber inconsistencias o desalientos; que no hay una clara estructuración jerárquica de

<sup>22</sup> A. Touraine, *El retorno del actor*, Ed. Sudamérica, Buenos Aires, 1984.

las elecciones; que puede haber acciones impulsivas sin metas; que la acción transcurre por etapas, con la inclusión en cada una de ellas de aspectos particulares a diferencia de la perspectiva del *rational choice* estándar. La respuesta de Coleman a estas evidentes objeciones al *rational choice* es que es un tipo ideal y, por tanto, no cabe buscarlo puro en la realidad. Las nuevas teorías de elección racional, no sólo combinan el tipo ideal de actor con la teoría de juegos, sino que todo esto es visto también dentro de la concepción de actor estratégico. Es decir, actores y recursos serían los elementos mínimos de un sistema social. Los recursos serían otros actores y objetos sobre los que tienen control e interés.

En otras palabras, la relación sujeto-objeto es sólo de control o interés y todas las acciones serían intencionalmente dirigidas.

Entre los actores hay interacciones, pero éstas quedan reducidas a relaciones de intercambio (no exclusivamente monetarios).

Además, como resultado del proceso de intercambios hay una redistribución del control sobre los recursos que conducen a un óptimo social. En esta perspectiva ampliada de la elección racional, las funciones de utilidad no sólo tienen elementos monetarios sino también de prestigio o de poder, pero todos son susceptibles de medida para dar óptimos. Además, ya no se niega la existencia de valores culturales, rasgos de la personalidad o del discurso, conceptos estos que en sus expresiones individuales no serían sino recursos estratégicos que son esgrimidos por los actores para mejorar su juego. En particular, las normas culturales ya no son el punto de partida de la acción como en Parsons, sino que el punto de partida es el interés y la utilidad. Coleman (1990) no ignora a las normas pero éstas simplemente son reglas del juego que también pueden ser engendradas estratégicamente y a lo sumo restringen las acciones pero no las determinan. Es decir, desaparece el concepto de normas sociales arraigadas para convertirlas en un recurso más que puede ser manipulado para mejorar la utilidad.<sup>23</sup>

## 2. El marxismo analítico

En este apartado analizaremos los principales supuestos del marxismo analítico y las revisiones que plantea al marxismo clásico.

El marxismo analítico es el intento por poner al día al marxismo respecto de las teorías de la elección racional, por construir un marxismo

<sup>23</sup> J. S. Coleman, *Foundations of Social Theory*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1990.

de la elección racional, reconociendo que en Marx hay individualismo junto a estructuralismo y funcionalismo, estos últimos habría que desecharlos. El punto de partida para los marxistas analíticos es desentrañar cuál es el núcleo central de la teoría marxista que, según ellos, se encontraría en la metáfora base superestructura:

- El motor de la dinámica social sería el crecimiento de las fuerzas productivas.
- El nivel de las fuerzas productivas determina a las relaciones de producción.
- El modo de producción constituido por las relaciones de producción que corresponden a cierto desarrollo de las fuerzas productivas determina, a su vez, a la superestructura.
- En cada modo de producción hay una clase dominante que tiene el poder político del Estado.
- Cuando las fuerzas productivas entran en contradicción con las relaciones de producción se produce un periodo de revolución social que se resolverá con el cambio en el modo de producción.

Según los analíticos, surgieron en el materialismo histórico anomalías importantes: la revolución no partió de los países desarrollados en los que supuestamente la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción sería superior, al inicio de la Primera Guerra mundial los partidos socialistas apoyaron a sus respectivas burguesías. Frente a estas anomalías el marxismo-leninismo habría creado hipótesis *ad hoc* para salvar al paradigma: la hipótesis de la inmadurez proletaria, la de la aristocracia obrera (obreros sobornados por las ganancias imperialistas en las metrópolis) y la del chispazo que puede surgir en países atrasados a condición de extenderse a los avanzados. El programa marxista-leninista se verificó parcialmente en 1917, al estallar la revolución en un país atrasado, pero no se extendió a los avanzados y no se cumplió la predicción de la teoría de crisis general del capitalismo ni la de la superioridad del socialismo realmente existente. A las anomalías originales se añadieron otras, como la existencia de revoluciones en las que la fuerza principal no era proletaria, la falacia de la democracia proletaria de nuevo tipo, que no hizo sino ocultar la existencia de feroces dictaduras sobre los obreros.<sup>24</sup> Desde el punto de vista intelectual, el marxismo-leninismo tendió con prontitud al estancamiento que, al decir de

<sup>24</sup> L. Paramio, "El materialismo histórico como programa de investigación", *Sociedad*, 1982, Buenos Aires, pp. 119-155.

Elster, se pareció mucho a un programa degenerativo de investigación,<sup>25</sup> que destruyó prácticamente a la filosofía, paralizó a las ciencias sociales y retrasó a las naturales.

En la revisión que ha hecho el marxismo analítico de la obra de Marx ha encontrado grandes errores teóricos que, según ellos, también habría que corregir o eliminar. Por ejemplo, para Elster (1985), desde el punto de vista de la teoría económica sería insostenible: que la producción transcurra con coeficientes fijos; que no importasen para los salarios la oferta de obreros; que el precio de una mercancía lo determinase el costo y no la demanda, y la transformación de valores en precios sería incoherente lógicamente.<sup>26</sup>

Sin embargo, algo habría de rescatable aún en la teoría marxista a condición de que se volviese individualista metodológica y adoptase la perspectiva del actor racional: la teoría de la alienación, la de la explotación, la del cambio técnico, la de la lucha de clases, la de las ideologías y el método dialéctico, en su aspecto de análisis de contradicciones sustantivas y no como una lógica, ni como génesis de los conceptos, seguirían siendo válidas para Elster. Veremos cada una de las fundamentales revisiones que los marxistas analíticos le plantean al marxismo.

#### **a) Individualismo metodológico contra holismo funcionalista**

Elster<sup>27</sup> considera que en Marx se entremezclan en forma heterogénea una perspectiva de acción intencional con otra hegeliana; individualismo metodológico con colectivismo metodológico.

Por colectivismo metodológico se entiende aquel que cree en entes supraindividuales no reducibles a lo individual, siendo los primeros determinantes de los segundos. Ejemplos de estos sujetos colectivos en Marx serían la humanidad, el capital o la clase obrera.

Es decir, estos entes se comportan de acuerdo con intereses que irían más allá de los motivos individuales de sus componentes.

Sin embargo, en algunos momentos de la obra Marx habría transición entre lo grupal y lo individual, mientras que en otros los sujetos son simples ocupantes de posiciones en estructuras que los determinarían.

<sup>25</sup> J. Elster, *Una introducción a K. Marx*, Siglo XXI Editores, México, 1992.

<sup>26</sup> I. Elster, *Making Sense of Marx*, Cambridge University Press, 1985.

<sup>27</sup> C. Iturbe, "Individualismo y marxismo", *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, año XXXIII, núm. 127, enero-marzo, 1987, pp. 141-149.

La crítica al holismo se relaciona con la del funcionalismo. Esta relación se entiende en el sentido de que toda institución o modelo de conducta tendrá consecuencias que:

- a) son benéficas para la estructura económica o política dominantes;
- b) no son buscadas por los actores, y
- c) no son reconocidas por los beneficiarios como debidas a su conducta.<sup>28</sup>

Es decir, las funciones latentes de una institución o conducta explicarían la presencia de esa institución o conducta, o bien que todas las instituciones o modelos de conducta tendrían una función que explicaría su presencia. Para Elster<sup>29</sup> éste sería el camino que lleva al estructuralismo, a los propósitos sin actor, a las historias sin sujeto (como en Althusser), a las teleologías objetivas. Más todavía, lo que en Paramio es rescatable como la metáfora base-superestructura, para Elster es el ejemplo notable del funcionalismo fuerte en Marx: cada elemento de la base y de la superestructura cumpliría una función, todas ellas al servicio del capital. Por ejemplo, toda acción del Estado es funcional al capital.

Elster distingue entre tres tipos de explicaciones: la causal (usada en todas las ciencias y forma única en las ciencias físicas); la funcional (se explica por el efecto), y la intencional (se explica por motivos, intenciones).<sup>30</sup> Él rechaza las funcionales pero esto no es compartido por todos los marxistas analíticos.

Cohen en su polémica con Elster<sup>31</sup> reivindica del marxismo su funcionalismo contenido en el esquema base-superestructura por dos razones principales: a) porque las explicaciones funcionales no serían acientíficas como para Elster, sino propias de una etapa de profundización del conocimiento. Una explicación funcional no sería suficiente pero es ya una forma de explicación científica. En esta medida el marxismo de Marx, como funcionalismo, no debe recharzarse sino profundizarse con el individualismo metodológico y b) la segunda razón es más fuerte. La reducción del marxismo al individualismo metodológico no es tarea sencilla porque para el marxismo las luchas y acciones serían periféricas a su explicación que es funcionalista y estructuralista.

<sup>28</sup> R. Merton, *Teoría y estructuras sociales*, FCE, México, 1974.

<sup>29</sup> J. Elster, "Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos", *Sociológica*, UAM-Azcapotzalco, otoño, 1986, año 1, núm. 2, pp. 188.

<sup>30</sup> J. Elster, *Juicios salomónicos*, Gedisa, Barcelona, 1991.

<sup>31</sup> G. A. Cohen, "Réplica al Marxismo funcionalista y teoría de juegos de Elster", *Sociológica*, UAM-Azcapotzalco, 1986, año 1, núm. 2.

Habría que añadir que los marxistas analíticos en la crítica al holismo y al funcionalismo marxista no añaden argumentos nuevos a los esgrimidos en las teorías de elección racional con sus supuestos: que lo único existente es el individuo, que se explica por las intensiones y no por las funciones.

#### **b) Acción racional vs. diversas formas de acción**

Elster se opone al estructuralismo situacionista que negaría la importancia de la elección para determinar el curso de la acción y vería a ésta determinada por la situación estructural. Le contrapone una interpretación tipo elección racional. Sin embargo, la teoría de la acción racional en Elster (1989) se encuentra matizada respecto de otras perspectivas más dogmáticas.<sup>32</sup>

- Se reconocen limitaciones estructurales que reducen los cursos posibles de acción.
- Se acepta que pueda haber otras formas de elección no racionales o altruistas.
- Se reconoce que las teorías de elección racional son normativas y secundariamente explicativas.
- Por tanto, las teorías de elección racional pueden fallar por indeterminación: cuando no hay implicaciones únicas a partir de ciertas condiciones iniciales; por ejemplo, cuando la gente tiene una jerarquización de preferencias inconclusa; la no existencia de una creencia óptima, cuando la elección implica suposiciones acerca de las elecciones que realizarán otras personas; cuando el costo de adquirir información es menor que el valor marginal esperado, y porque muchas veces el cálculo no es posible.
- También pueden fallar por irracionalidad; debilidad de la voluntad, por exceso de voluntad, el cambio en las motivaciones que pueden ser no conscientes por adaptación de creencias; porque no es estrictamente cierto que las personas escojan el marco que las hará felices; cuando las estimaciones de probabilidad no son las que prescribe la teoría; por la confianza en principios heurísticos desorientadores o la ignorancia de datos básicos de la inferencia estadística.
- Por otro lado, se acepta que las teorías de elección racional son

<sup>32</sup> J. Elster, *Ulises y las sirenas*, FCE, México, 1989.

más bien descriptivas que explicativas: no permiten saber por qué la gente aspira a algo, ni por qué utiliza ciertas reglas.

- Que hay muchas concepciones alternativas a las de elección racional. Entre ellas las normativas (“Haz esto”).
- Y que las normas no son simples recursos estratégicos, porque si nadie creyera en las normas perderían efectividad.

Elster se ha encargado de señalar a lo largo de su obra las limitaciones y puntos flacos de las teorías de elección racional; sin embargo, acepta éstas como las mejores y también la idea de optimización. Como dice Corina Iturbe, no deja de ser extraña su adhesión tanto al individualismo como al racionalismo del actor cuando acepta ciertos conceptos de estructura que limitan y que la acción puede no ser racional, sobre todo acepta que puede haber acción normativa. Posiblemente sea el problema genérico vinculado al de tipo ideal que señalamos en el apartado anterior: no se cumple en la realidad pero sirve para explicar y sobre todo para normar la acción.

De la aceptación con dudas de la concepción de acción racional a la teoría de juegos en Elster (1991) hay sólo un paso. En este sentido, no hay muchas novedades fuera de los ejemplos que pudieran interesar al marxismo: en un juego hay varios jugadores, cada actor adopta una estrategia y obtiene una recompensa que depende de aquella adoptada por los otros actores. Además se supone que los actores se esfuerzan por maximizar sus recompensas. Aunque se reconoce que siempre la información es incompleta y que no todos los juegos tienen puntos de equilibrio, pueden ser de suma cero.<sup>33</sup>

### 3. El marxismo analítico ¿un paso adelante?

Sin duda que el marxismo histórico ha recibido diversas lecturas, desde las positivizantes hasta las hermenéuticas. Sin embargo, el marxismo más influyente intelectual y políticamente fue el marxismo-leninismo, hijo de la Segunda Internacional y, por tanto, de una primera lectura positivizante, pero también del atraso ruso. Este atraso se refleja en la falta de polémica auténtica entre el marxismo soviético y las corrientes más avanzadas no marxistas en las ciencias sociales y la filosofía. La polémica fue sustituida por la clasificación tan cara a Engels y a Lenin con sus supuestos contenidos de clase. De esta forma, el intento leninista más elaborado de enfrentar a la filosofía empiriocriticista se quedó a mitad del camino, su

<sup>33</sup> J. Elster, *El cemento social*, Gedisa, Madrid, 1991.

interés se conformó en demostrar la esencia idealista de aquel positivismo. Pero con ello el marxismo no ganó mucho más allá de la descalificación del contrario, en cambio se quedó con una concepción ingenua de materialismo, de ciencia, de naturaleza. El positivismo era ciertamente una forma encubierta de idealismo, pero los problemas que abordaba eran los de las ciencias naturales modernas que no podrían ser profundizadas a partir de las leyes hegelianas de la dialéctica. Esta vía equivocada costó al marxismo decenios de atraso en la polémica sobre la ciencia y, a la larga, la adopción de las soluciones positivistas de manera subrepticia.

Una parte del marxismo ha aceptado una lectura positivista, lectura esta que se deriva de la Introducción de 1857 y por ello es la que ahora reivindican muchos de los marxistas analíticos como núcleo salvable del marxismo. Paradójicamente esta lectura no difiere de la que hizo el marxismo-leninismo. Las leyes del materialismo histórico codificadas por esta corriente son las mismas que Cohén o Paramio reivindican ahora como núcleo marxista que conserva su validez.

Habría dos maneras de entender al positivismo. La primera, que es la más aceptada, es como teoría de la ciencia que pone el acento en la verificación de la hipótesis como criterio de cientificidad. A esta concepción se le contrapone la popperiana de la falsación. Sin embargo, desde el punto de vista del proceso de investigación que propone, no habría diferencia entre Popper y los positivistas: ambos son hipotético-deductivos, difieren en la interpretación de lo que los positivistas llaman verificación.

Pero habría otra manera de ver al positivismo como concepción del mundo y de la ciencia. En cuanto a su concepción del mundo cabría caracterizarlo como una doctrina que trata de establecer leyes universales, que concibe que los datos que verifican las hipótesis son duros (desubjetivados), que el futuro puede tratarse como predicción a partir de condiciones iniciales y leyes universales.

Es decir, desde el punto de vista de la relación sujeto-objeto plantearía la posibilidad de la independencia del segundo, incluso de la reducción del sujeto a leyes también universales y desubjetivadas. Esta es la concepción también de Popper<sup>34</sup> que en su polémica con el marxismo parte del dogma de las ciencias naturales como leyes de lo invariante y por tanto, no podría haber leyes históricamente determinadas, además de que tampoco habría leyes de lo singular, y en cuanto al método científico sólo sería tal cuando ofreciese explicaciones causales deductivas y estuvieran sus resultados sujetos al experimento.

<sup>34</sup> K. Popper, *La miseria del historicismo*, Taurus, Madrid, 1961.

Ésta es la misma posición que exhiben los marxistas analíticos respecto del método, pero en una época en que podría dudarse que el triunfador haya sido el positivismo: la reivindicación del individuo como lo único existente tiene su fundamento en el positivismo del círculo de Viena el cual exige a los conceptos científicos referentes empíricos inmediatos, que los analíticos reducen a los individuales. La búsqueda de leyes universales de la elección racional se constata con las categorías ahistóricas de los analíticos y el supuesto de hombre optimizador. El desprecio por lo subjetivo como no determinado, se corresponde con la propuesta de un modelo de acción en el que la subjetividad no es algo que hay que investigar sino está dada como intensión calculadora. Pero el positivismo está en crisis epistemológica: lo está su concepto estándar de teoría (como sistema de proposiciones vinculadas entre sí en forma deductiva); el papel que atribuyeron a las hipótesis en la investigación (método de prueba de hipótesis); su idea de deducción de las hipótesis empíricas de las teóricas, y finalmente, su concepción de dato duro como supuesto que no puede ser profundizado o definidas sus determinantes, tanto del lado de la teoría como de los sujetos que se investigan. Stengmuller, heredero de la tradición analítica, afirma que no hay forma terminante de diferenciar ciencia de metafísica, conclusión semejante a la de Hempel al final de su vida. Es decir, no son convincentes ahora ni los supuestos de realidad, ni de ciencia, ni de método del positivismo. Resulta paradójico que en época de crisis de este modelo los marxistas analíticos lo presenten como lo único científico y cuya adopción podría salvar relativamente al marxismo.<sup>35</sup>

En este mismo tenor, es insatisfactoria su propuesta de reducción de lo macro a lo micro (individual) porque es de suponer que puede haber reglas unívocas de correspondencia e invariancia al deducir; el isomorfismo de lenguajes no está probado, por el contrario, los niveles de realidad y de pensarla continúan sin correspondencias unívocas.

La simpatía de casi todos los marxistas analíticos por la metáfora base superestructura no es gratuita, porque es aquella que supuestamente permitiría hablar de leyes universales (la de la correspondencia entre base y superestructura, independientemente de que su explicación sea funcional o no, o que se acepte a la explicación funcional como científica). Pero los marxistas analíticos yerran al pensar que la única posibilidad de vínculo entre macro (base o superestructura) con micro (acción individual) puede ser la reducción de un nivel al otro. Esto es pensable como única alternativa cuando estamos presos de supuestos fuertes como los

<sup>35</sup> *Ibid.*

siguientes: lo único real es lo individual; la explicación debe ser en términos de individuos y de intenciones. Pero, cuando uno se sale de los supuestos del individualismo metodológico racionalista puede pensar otra alternativa, sobre todo en un contexto de ruptura del consenso metodológico del positivismo.<sup>36</sup> La respuesta marxista clásica es una opción de esa alternativa: su concepto de ley de tendencia. La ley de tendencia marxista no significa una ley que se cumple en el largo plazo sino aquella que vale sólo para cierto nivel de abstracción, de lo más abstracto a lo más concreto en el pensamiento, donde la diferencia es de inclusión de más determinantes. La teoría que va de los conceptos más abstractos a los más concretos es una manera de pensar aquella (sistema deductivo plano de un sólo nivel de abstracción) diferente a la positivista; es diferente también la manera en que es vista la relación entre conceptos en la teoría: relaciones de varios tipos, de tipo deductivo, inductivo, contradictorio sustantivo, de génesis teórica, de génesis histórica, que se acerca más a las concepciones posestructuralistas de teoría como árbol teórico que como sistema deductivo. Además, el avance de lo abstracto hacia lo concreto es también de tendencias abstractas a tendencias concretas, éstas nunca se podrán cerrar semánticamente porque para el marxismo clásico la acción social es también una determinante de los procesos sociales; la acción no es estrictamente deducida de las estructuras, aunque tampoco sea la acción totalmente libre. Ésta sería una forma alternativa de vincular macro y micro, estructura y acción intencional, sin reduccionismos estructuralistas, pero tampoco voluntarismos individualistas.

La reflexión anterior nos conduce a discutir la relación entre estructura y acción. El concepto de estructura ha sido uno de los grandes descubrimientos de las ciencias sociales de este siglo y del siglo anterior. Lleva sin duda a la polémica acerca de si es la sociedad la que se impone al individuo y en particular si las situaciones en las estructuras determinan a la subjetividad y a la acción de los sujetos.<sup>37</sup> Los marxistas analíticos en este sentido son menos radicales que los teóricos puros de la elección racional, al reconocer cierta eficiencia de las estructuras sobre la acción actuando como filtros no voluntarios; asimismo, al reconocer que puede haber acción normativa no utilitarista. Sin embargo, el problema sigue mal planteado por el gusto analítico marxista de escoger como rivales a las versiones más pobres y desprestigiadas del estructuralismo y

<sup>36</sup> *Ibid.*

<sup>37</sup> M. Godelier, *Racionalidad e irracionalidad en la economía*, Siglo XXI Editores, México, 1976.

del holismo. El problema podría transformarse en el sentido de cuáles son las relaciones entre estructuras, subjetividades y acciones, donde ocupase un lugar importante no sólo la acción intencional sino el problema de como se construye ésta. Ciertamente que los situacionismos son insatisfactorios, pero también resulta pobre el voluntarismo del actor estratégico. Preferimos al respecto la fórmula gramsciana: las estructuras presionan a los actores pero a través de filtros subjetivos, de esta conjunción puede o no resultar la decisión de la acción. Bajo esta fórmula no hay el supuesto de que el filtro subjetivo siempre será de tipo racional utilitario, puede reconocer otras formas. Lo anterior lleva primero a problematizar el concepto de estructura, en el sentido de regularidades fijadas socialmente y que por la vía de la socialización son introyectadas al individuo; lo cual no significa que éste quede totalmente preso de las estructuras, empezando porque éstas no son necesariamente coherentes, ni proporcionan guías seguras para la decisión en toda situación. Por el contrario, es posible pensar a las estructuras en diferentes niveles, desde las de carácter económico-reproductivo, hasta las estrictamente subjetivas (culturales, de personalidad, discursivas, estéticas, sentimentales, de formas de razonamiento cotidiano). La complejidad estructural no debe interpretarse como coherencia total entre sus niveles, por el contrario cabe la posibilidad de las discontinuidades, vacíos, plasticidades, polisemias y sobre todo habría que descartar que el mecanismo de dar significado (dentro del cual podría ubicarse el de la construcción de la decisión) fuese semejante a programas específicos de computadora.<sup>38</sup> Habría que pensar más bien en la capacidad subjetiva de dar sentido a la situación, o de construir la decisión a través de la construcción de configuraciones con elementos preexistentes de niveles diversos de la subjetividad, estos elementos pueden sufrir rejerarquizaciones, rupturas, asimilaciones, etc. Una parte depende del individuo pero otra de la sociedad que lo presiona.<sup>39</sup>

Una concepción dinámica de la subjetividad es contraria al determinismo situacionista, pero también a la elección racional, para la cual la construcción de la decisión no es un problema sino un supuesto de que ésta es utilitaria y racional. Además, el motivo utilitario y la elección de los medios racionales que optimizan no están sujetos a verificación al considerarlos como tipo ideal que si no se cumple se convierte en normatividad y con ello en teoría no susceptible de verificación. Aunque las teorías actuales de elección racional rechazan explícitamente cualquier

<sup>38</sup> H. Putnam, *Representación y realidad*, Gedisa, Barcelona, 1990.

<sup>39</sup> Enrique de la Garza, *Crisis y sujetos sociales en México*, Miguel Ángel Porrúa, México, 1992.

explicación psicologista u ontológica acerca de la existencia de una naturaleza humana egoísta y calculadora en términos empíricos, su tipo ideal es como si lo supusiesen sin aceptar someterlo a verificación.

Por otro lado, no deja de ser un empirismo simplificado afirmar que lo único real es el individuo y, por tanto, que las explicaciones deben partir de éste. El concepto de individuo es también una abstracción, de células, átomos, procesos orgánicos, entre otros niveles. Tampoco es cierto que lo individual sea lo único observable, se pueden observar fábricas, procedimientos en los tribunales, etc. Pero en todo caso, aceptar que la ciencia sólo trabaja con observables es remitir al positivismo de inicios de siglo, aquel que Popper no aceptaría, y que el círculo de Viena sistematizó pero abandonó a partir de la teoría de Carnap de los dos niveles del lenguaje científico. La ciencia trabaja también con conceptos que no son directamente observables y no todas las hipótesis de una teoría tienen que sufrir la prueba de la verificación. El individuo es un infinito y, por tanto, el decidir cuáles de sus rasgos considerar en una verificación es resultado de un proceso de abstracción. Pero las teorías de elección racional ni siquiera representan a un empirismo individualista propiamente dicho, al considerar válido sólo el nivel individual le atribuyen a éste funciones de utilidad, razonamientos estrictos y calculabilidad optimizadora que no están sujetos a verificación. Su forma de eludirla es por la acuñación de un tipo ideal, reconociendo que no se cumple estrictamente en la realidad, por tanto, es un supuesto inverificable, que se vuelve normativo: para llegar a óptimos globales los hombres deberían ser interesados, calculadores en la búsqueda de óptimos. Es decir, las teorías de la acción social, tienen detrás un modelo ideal de hombre, el hombre egoísta, individualista y calculador sin raigambres culturales, para el que lo social es una restricción que manipula de acuerdo con la teoría de juegos. No se trata de un hombre históricamente acotado, el de la antigüedad con su pensamiento mágico-religioso, el medieval con el predominio de la ética sobre la ganancia, sino un supuesto hombre capitalista. Hablar del individuo o considerarle un lugar en las explicaciones no es idéntico a convertirse en partidario de la elección racional, hay teorías que no coincidirían con esta perspectiva que no son de elección racional, por ejemplo el psicoanálisis o las teorías de la socialización.

El problema es también epistemológico, cuando Elster considera que puede haber tres tipos de explicaciones: la intencional, la causal y la funcional (rechazando a esta última); se queda a la mitad del camino al dejar fuera de la ciencia social a la causal. Ciertamente que una concepción puramente causalista en las ciencias sociales llevaría nuevamente a alguna forma de estructuralismo situacionista, pero podría uno pensar en una forma de explicación combinada entre causal e intencional. En el primer

sentido se ubicaría la presión de aspectos de las estructuras sobre los sujetos (causalidad estructural), pero en el segundo la posibilidad de una explicación intencional individual en procesos sociales no colectivos, diferenciada de otra de acción colectiva como movimiento social. Es decir, las regularidades sociales pueden darse como agregados individuales efectivamente y las intencionalidades ser también sociales en este sentido, pero hay fenómenos sociales en los que las acciones colectivas desencadenan procesos que no se dan en los hombres individualmente considerados sin movimiento social. Por ejemplo, fenómenos de liderazgo, influencias, solidaridad, etc., que dependen de la dinámica del movimiento, en cambio la movilización individualista de recursos deja fuera fenómenos que no se pueden explicar con funciones de utilidad. Como dice Pizzomo, los utilitaristas no logran explicar la política como espacio constitutivo de colectividades identificantes que se valen de solidaridad, ritualidad y teatralidad.<sup>40</sup>

Pensar que solidaridad, ritualidad o teatralidad pueden ser incorporadas a una función de utilidad junto a costos y ganancias monetarias tiene dos defectos: primero, olvida que el actor puede tener raigambres morales y no ser siempre calculador estratégico y, segundo, no explica mucho por qué una función de utilidad como aquella es incalculable tanto por el actor común como por el investigador. Es el problema de las teorías de acción racional, no sólo suponen, dados los motivos y la forma de construcción de la decisión, sino también en el largo plazo el curso de la acción: se llega siempre al óptimo global. El engarce entre teorías de la elección racional y neoliberalismo es posible: si el actor eligiese racionalmente de acuerdo con intereses egoístas se llegaría al máximo bienestar social. Si no se llega es porque hay trabas a su elección racional, por ejemplo, por el Estado colectivista que premia por igual a los racionales que a los no racionales, o porque el actor mismo no ha sido racional; no se trata de investigar por qué no lo es o cómo construye realmente su intención. Es una teoría metafísica porque no puede ser falseada, si se llegase a verificar que el actor no elige racionalmente no se trataría de modificar los supuestos y enriquecer la teoría, sino de decirle al actor que en la próxima jugada tiene que ser racional.

En cuanto a la recuperación del marxismo, los marxistas analíticos se dividen entre aquellos que consideran que lo fundamental de su teoría (las leyes del materialismo histórico) se conserva válido aunque sea funcionalista, pero habría que darles una fundamentación individualista

<sup>40</sup> A. Pizzomo, "Sulla razionalita de la scelta democratica", *Stato e Mercato*, núm. 7, 1983.

racionalista. Por el otro lado, están Elster y Roemer,<sup>41</sup> para los cuales el núcleo que reivindican Cohen o Paramio no se sostiene por su funcionalismo y son retazos de teoría (alineación, teoría del cambio técnico, ideologías, etc.), las que se mantienen vivas con posibilidades de desarrollo. Habría una manera diferente de ver el problema de lo que subsiste del marxismo. Independientemente de las teorías regionales que pudieran seguir vigentes, del marxismo se sostiene sobre todo su concepción del mundo y del conocimiento: la historia no como resultado de leyes desubjetivadas sino como articulación entre objetividad y subjetividad (en esta concepción, el problema de la construcción de la intención para la acción puede ser muy importante, siempre y cuando no se le resuelva fácilmente por la vía de considerarla siempre utilitaria y racional; la concepción de construcción del conocimiento vs. la verificación de las hipótesis, que tienen detrás la idea de ley de tendencia, de teoría, no como sistema hipotético deductivo sino por niveles de abstracción conceptual y con relaciones complejas entre estos conceptos, y de método no como prueba de hipótesis, ni como construcción de modelos, sino como heurística positiva que reconoce que la realidad está en transformación y rechaza con ello la idea de ley universal para las ciencias sociales. Y sobre todo, algo que los analíticos como positivistas no podrían concebir, la inclusión de la noción de crítica en la propia teorización, ángulo voluntario intencional en la posibilidad de una ciencia social diferente.

### Bibliografía

- Adorno, Theodor W. (1973), *Dialéctica negativa*, Madrid, R. Tiedemam.
- Barbut, Marc et. al. (1975), *Problemas del estructuralismo*, México, Siglo XXI Editores.
- Barry, N. (1988), "Review Article: The New Liberalism", *British Journal of Political Science*, vol. 13, pp. 93-123.
- Cohen, G. A. (1986), "Réplica al marxismo funcionalista y teoría de juegos de Elster", *Sociológica*, UAM-Azcapotzalco, año 1, núm. 2.
- Colleman, J. S. (1990), *Foundations of Social Theory*, Cambridge, Mass., The Belknap Press of Harvard University Press.
- D'Agostino, F. (1983), *La dinamica del razionale e non razionale nel processo del mutamento sociale*, Milán, Franco Angeli Editorial.
- De la Garza Toledo, Enrique Modesto (1989), *Hacia una metodología de la reconstrucción*, México, Porrúa.

<sup>41</sup> John Roemer, "¿Deberían interesarse los marxistas por la explotación?", *Investigación Económica*, octubre-diciembre, 1987, núm. 182, vol. XLVI, pp. 37-88.

- \_\_\_\_\_. (1990), *Un Paradigma para el análisis de la clase obrera*, UAM-Iztapalapa, México.
- \_\_\_\_\_. (1992), *Crisis y sujetos sociales en México*, México, Porrúa.
- Durkheim, Emile (1974), *Las reglas del método sociológico*, Madrid, Morata.
- Elster, Jon (1972), *Una introducción a Karl Marx*, México, Siglo XXI Editores.
- \_\_\_\_\_. (1985), *Making Sense of Marx*, Cambridge, Cambridge University Press.
- \_\_\_\_\_. (1986), "Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos", *Sociológica*, UAM-Azcapotzalco, otoño, año 1, núm. 2, p. 188.
- \_\_\_\_\_. (1989), *Ulises y las sirenas*, México, FCE.
- \_\_\_\_\_. (1991a), *El cemento social*, Madrid, Gedisa.
- \_\_\_\_\_. (1991b), *Juicios salomónicos*, Barcelona, Gedisa.
- \_\_\_\_\_. (1992), *Una introducción a Karl Marx*, México, Siglo XXI Editores.
- Godelier, Maurice (1976), *Racionalidad e irracionalidad en la economía*, México, Siglo XXI Editores.
- Gramsci, Antonio (1976), *El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce*, México, J. Pablos.
- Hayek, August von Friedrich (1985), *Derecho, legislación y libertad*, Madrid, Unión Editorial.
- Iturbe, Corina (1987), "Individualismo y marxismo", *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, año XXXIII, núm. 127, enero-marzo, pp. 141-149.
- Kuhn, Thomas S. (1989), *¿Qué son las revoluciones científicas?*, Barcelona, Paidós.
- Lefebvre, Henry (s.f.), *Más allá del estructuralismo*, Buenos Aires, La Pléyade.
- Lukes, Steven (1975), *Individualismo*, Barcelona, Ediciones Península.
- Marcuse, Herbert (1972), *Razón y revolución*, Madrid, Alianza.
- Merton, Robert King (1974), *Teoría y estructuras sociales*, México, FCE.
- Paramio, Ludolfo (1982), "El materialismo histórico como programa de investigación", *Sociedad*, Buenos Aires, pp. 119-155.
- Parsons, Talcott (1968), *La estructura de la acción social*, Madrid, Guadarrama.
- Pizzorno, Alessandro (1983), "Sulla razionalità della scelta democratica", *Stato e Mercato*, núm. 7.
- Popper, Karl Raimund (1961), *La miseria del historicismo*, Madrid, Taurus.
- \_\_\_\_\_. (1980), *La sociedad abierta y sus enemigos*, Buenos Aires, Paidós.
- Putnam, Hilary (1990), *Representación y realidad*, Barcelona, Gedisa.
- Roemer, John E. (1987), "¿Deberían interesarse los marxistas por la explotación?", *Investigación Económica*, octubre-diciembre, núm. 182, vol. XLVI, pp. 37-88.
- Simon, Herbert Alexander (1989), *Naturaleza y límites de la razón humana*, México, FCE.
- Thurrow, Lester C. (1988), *Corrientes peligrosas: el estado de la ciencia económica*, México, FCE.
- Touraine, Alain (1984), *El retorno del actor*, Buenos Aires, Editorial Sudamérica.
- Viet, Jean (1965), *Los métodos estructuralistas en las ciencias sociales*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Von Mises, L. (1986), *La acción humana*, México, Unión Editorial.